

# MATARÉ POR TI



RAFAEL SALCEDO

# MATARÉ POR TÍ

una obra original de  
**Rafael Salcedo Ramírez**

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cual-

quier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

*“Sin duda, un crimen perfecto es exactamente lo mismo que un matrimonio perfecto: todo depende de que no te atrapen”.*

# Alfred Hitchcock

# CAPÍTULO I

Peter Bobinski tenía treinta y cinco años, su estatura rozaba el metro noventa y siete y, pese a su ascendencia centroeuropea la cual dejaba patente su apellido, el aspecto que ofrecía -sobresaliendo tanto el cabello rubio como los ojos azul topacio- era el de un norteamericano que hundía sus raíces en los mismísimos pioneros puritanos anglosajones del "Mayflower", quienes en mil seiscientos veinte y procedentes de Inglaterra pusieron el pie en aquel nuevo y, entonces, hostil mundo allende el océano.

Justo en esa cuestión recapacitaba mientras, tras dormir apenas cuatro horas y aun así de mala manera viéndose sometido a un tan incómodo como insistente duermevela, pasaba con cuidado la cuchilla por sus mejillas apurando el afeitado de la barba crecida durante la vigilia nocturna. Y

no era baladí para Peter, teniendo en cuenta cómo en su diseño del devenir futuro constituía algo así como un arma poderosa; hasta una especie de "Kryptonita" para sus rivales, quienes eran muchos, pero en especial uno que se le resistía –tan contumaz como obstinado– en su carrera profesional; la cual y hasta esos instantes frente a sí mismo, viendo reflejada su estampa en el espejo, permanecía jalonada de éxitos rotundos e incuestionables.

Y la imposibilidad de conciliar un sueño reparador había sido suscitada de manera indecente por los movimientos de ese competidor, sabedor de los puntos débiles de Peter; sus zonas oscuras, sus ángulos muertos, llegados a su conocimiento por la eficaz labor escudriñadora de una cohorte de sujetos bien carentes de escrúpulos –y mucho menos de principios– contratados "ex profeso" para levantar las alfombras por donde él había pisado durante toda su existencia.

Y Peter no tenía más opción que reconocer cómo lo habían llevado a cabo de manera concienzuda, máxime a tenor de las cosas que ese sucio rival había tenido constancia gracias a ellos y las argucias para escarbar en su vida, arrancando con métodos censurables información muy íntima, sin dejar de acudir a ciertos enemigos, desde la universidad, pasando por el equipo de fútbol americano donde en su juventud había sido ídolo, hasta las mismas empresas en las cuales, tras concluir el periplo estudiantil, había prestado servicio incluso como vulgar e imberbe becario.



De cualquier forma, lo más doloso para Peter había sido enterarse de sopetón cómo habían forzado a su colega en el bufete de abogados, el cual habían compartido hacía años, a soltarles detalles escabrosos de los tejemanejes que ambos tuvieron que llevar a cabo para favorecer a clientes y, de paso, a ellos mismos y sus cuentas corrientes. Eso era un juego muy sucio y no se lo perdonaría jamás, aunque sí a Charles, su socio y amigo, por cuanto era consciente de sus devaneos con el propio sexo y los vicios insanos a los que se entregaba de manera cotidiana tras la fachada de leguleyo de trato afable, modales aristocráticos, perfil conservador en política y marido fiel -entre comillas- de una genuina representante de la alta sociedad de la costa este.

Peter se hizo cargo de la presión ejercida sobre el bueno de Charles y recordó días pasados, ambos en el bufete, cuando le había pillado con el jovencísimo conserje del edificio en plenos trabajos manuales en su propio despacho. Para él había sido una anécdota e, incluso después de continuar con el negocio jurídico abierto durante más de un lustro, jamás se le ocurrió ni siquiera sacar el tema a colación y, mucho menos, censurarle su adicción a los jovencitos; tal vez, tenía que reconocer con sinceridad para sí mismo, por idéntica inclinación que Peter sentía salvo que, en su caso, era por las jovencitas que se ponían a su alcance.

Ese detalle sí que le preocupaba, y mucho más que las confidencias de Charles acerca de la ingeniería financiera a la que sometían las partidas contables de sus clientes, a modo de encaje de bolillos con tal de burlar el cerco férreo y el afán insaciable recaudador de la Hacienda Pública; técnicas que extendían ambos socios a sus propias liquidaciones anuales en la declaración de la renta, que siempre resultaban muy favorables debido a sus martingalas; las cuales, por cierto, jamás fueron detectadas por sucesivas inspecciones, saliendo airosos de los brutales envites que tuvieron que soportar de aquella suerte de perros de presa en busca de marrullerías en las cuentas.

Aunque lo que de verdad le había quitado el sueño a Peter era un desliz de carácter muy íntimo el cual, en manos de su competidor, haría inútil cualquier intento de persistir en la carrera que había iniciado contra él y sólo él, dado que los demás candidatos para el puesto ambicionado por ambos apenas tenían recorrido, dejando aparte que se habían rajado al primer empujón dialéctico recibido tanto de él mismo como, en especial, de aquél.

Y es que el pertinaz competidor contaba con suficientes pruebas, en forma de trapos malolientes donde el aroma de la corrupción predominaba, sumados los cadáveres en los armarios de cada uno almacenados durante sus respectivas carreras como servidores públicos, que fueron letales para sus aspiraciones y abandonando de manera definitiva cualquier esperanza de seguir adelante con sus candidatu-

ras, las cuales estaban claramente abocadas a un estrepitoso fracaso e, incluso, pudiendo salir malparados con alguna revelación filtrada a la prensa; implacable en esos casos donde se remanga para hacer mucha pupa con su tradicional manipulación demagógica de cualquier indicio de co-rruptela.

Peter se enjuagó la cara, observó su rostro con gesto serio en el espejo y pensó en el peligro inminente que le acechaba, y ya no sólo en la carrera por un puesto de renombre y prestigio social, amén de unos ingresos que elevarían su ya alto nivel de vida, sino que causaría un terremoto en su ordenada convivencia familiar, comprometiendo de manera rotunda tanto la relación con su esposa, Sharon, quien incluso a sus treinta y tantos conservaba todavía ese halo de niña bien, nacida en los barrios residenciales de Boston y acostumbrada desde la cuna al trato con una sociedad estricta y bien cerrada para los advenedizos. Y ni que decir tiene que mucho más a sus hijos, a quienes seguro afectaría más su conducta.

Debía buscar una solución y, por supuesto, rápida ya que era cuestión de poco tiempo cómo la escabrosa confianza, arrancada de los labios de Charles le sirviese a su feroz rival para hundirle en el espeso y putrefacto lodo de la reprobación pública y, de camino, acabar con su matrimonio, su posición y su fuente de ingresos; toda vez que difícil sería superar el cordón de aislamiento social al que se le sometería nada más conocerse los detalles morbosos de una

relación contra natura, de la cual era cautivo desde hacía muchos años y que, en ese mismo instante, le atormentaba.

No era cuestión de deslices. Ni mucho menos de amantes ocasionales. Eso era moco de pavo porque tanto él como Sharon los habían tenido sin que ello afectase a su contrato marital, aunque siempre guardando una exquisita discreción tanto uno como otra, si bien con alguna excepción que fue solapada no sin cierto disgusto por parte de ella. En este sentido, Peter tenía claro cómo cualquier confidencia de Charles respecto a sus conquistas durante el largo período compartido en el bufete apenas podía hacer daño, pero sí de lo que ya tenía constancia había confesado aquél, tras mostrarle los secuaces sendas pruebas videográficas de su afición a meterse en la cama con chicos guapos; y no precisamente para jugar una partida de parchís.

Ante aquella amenaza, Charles había vomitado de manera literal cuanto sabía. Peter, mientras se vestía y calzaba, recordó cómo éste le había telefoneado la tarde anterior y casi sollozando le había confiado cómo no había tenido más opción que sucumbir al chantaje de aquellos tipos duros y desgranado todo cuanto sabía de esa relación que ponía al borde del abismo su vida.

Este hecho, gravísimo y consumado, era una losa en esos momentos de tribulación y Peter se sentía incapaz de salvar

el escollo que pronto le llevaría derecho al desastre. Una y otra vez daba vueltas al asunto y cómo esquivar la “Espada de Damocles” que suponía un hecho del pasado -reiterado en el presente también, lo cual agravaba- que, a esas mismas horas, cobraba fuerza y casi se materializaba ante sus propios ojos.

Peter comenzó a colocarse la corbata y, presa del nerviosismo, el nudo Wilson apenas le salía. Tuvo que repetir la maniobra varias veces con la mirada perdida, al tiempo que su mente desconectaba de la realidad y se sumía en los recuerdos; justo en aquellos días cuando Charles, quien se convirtió en un cómplice tan entregado a la causa que hasta le animaba en justa correspondencia con la laxitud con que Peter se tomaba sus particulares y secretos desahogos, le guardaba las espaldas y le proveía de coartadas con tal de que Sharon no descubriese de qué manera mantenía una relación con su propia madre.

Peter había conocido a la madre de Sharon, de nombre Elizabeth, una dama de Nueva Inglaterra con todas las bendiciones y también cumpliendo hasta el último estereotipo, con una belleza serena a sus, entonces, treinta y pocos años que le había encandilado. Pero no tanto como el cuerpo de él lo había hecho en aquélla, una vez le conoció siendo un chico más de los amigos quinceañeros de su hija, quienes pasaban algunos días de vacaciones en la casa que disponía la familia en la zona más exclusiva de la isla de Martha’s Vineyard.

Ella no pasó desapercibida para él, y mucho menos él para ella, desde el instante que Peter puso los pies en aquel lugar donde entonces jamás podría imaginar nacería una relación tan excitante como peligrosa con alguien quien le parecía una diosa surgida -entre cánticos celestiales- de lo insondable de ese mar que rodeaba abrazando la isla. Él mismo no daba con la clave de su inicio, o tal vez sí cuando ella en cierta oportunidad, quizás una noche estrellada y el tibio viento del sur cruzando el océano llevando raudo el aroma del profundo azul, se le insinuó sin recato, con un descaro inasumible a su corta edad que le dejó noqueado, sin argumentos y dejándose llevar por aquella voluptuosidad que emanaba de su cuerpo.

La cuestión era que sin un motivo aparente, más que la pura morbosidad mutua, terminaron en una cala lo suficientemente alejada de la casa al abrigo de la noche copulando hasta que las fuerzas abandonaron a Peter, para quien ella resultó la experiencia más turbadora, apasionante y placentera que pudiese imaginar aunque dejándose llevar por la pericia amatoria de Elizabeth, quien resultaba ser auténtico fuego entre sus brazos de deportista de élite, asediado por las universidades que se zancadilleaban para que terminara en sus respectivos equipos.

Peter recordó cómo aquello no fue flor de un día y las citas se sucedieron en el mismo lugar e idéntica hora durante

jornadas sucesivas hasta que la llegada de septiembre marcó el fin de la hégira sexual y así lo consideró él, nada más comenzar al poco tiempo el curso y la vuelta a la cotidianidad de las aulas. Aunque si bien es verdad que aquello fue un desiderátum cargado de una previsible inocencia juvenil, teniendo en cuenta la celeridad de ella para dejarle mensajes insistentes -que lindaban la obsesión- con tal de revivir cuanto antes los encuentros íntimos, en esta ocasión ya en el continente y llevándolos a cabo en lugares mejor acondicionados y con sedosas sábanas envolviendo apretados ambos cuerpos excitados.

Peter comprendió en su momento cómo aquella no era una aventura con una mujer madura motivada por un verano largo y caluroso, sino una relación que continuaba en el tiempo y además tanto con matices perniciosos como de una osadía desatada a la que sumaban una audacia cómplice por parte de ambos; toda vez que ella le permitió, avanzando el tiempo, enamorar perdidamente a su hija y, con un riesgo que les enardecía aún más, él hizo lo propio dejándole que ella desahogara su furor uterino en lugares donde el riesgo era extremo y hasta el punto de elegir en muchas ocasiones para tener sexo sitios que se encontraban a escasos metros de distancia de su marido.

Los años pasaron, también la universidad, incluso el matrimonio con Sharon y, como si nada, también continuaba esa relación entre ambos que se deslizaba hacia la más pura perversión, sin que pudiera determinarse quién ponía más